

EL PROXIMO ORIENTE EN LA PRIMERA MITAD DEL PRIMER MILENIO

La expansión aramea. Israel. El Imperio Asirio Nuevo. El Imperio Neobabilónico. Egipto durante el Tercer Periodo Intermedio. El Egipto Saíta.

Juan José Seguí.

Universidad de Valencia.

INTRODUCCIÓN.-

Tras la fractura histórica del 1200 a.C. aparece trazado un nuevo mapa en el Oriente. No ser, tan sólo, el paso de la Edad del Bronce a la del Hierro, como se deduciría de planteamientos puramente tecnológicos, sino también una profunda transformación de toda la cultura material, de las relaciones sociales y las ideologías. La decadencia de Egipto determinar que los estados mesopotámicos -Asiria y Babilonia- impongan su hegemonía en la región, pero no sin dificultades y bajo postulados que, en buena medida, son consecuencia de tales necesidades. La hegemonía egipcia sobre el Levante ser suplantada ahora por aguerridos estados nacionales -filisteos, israelitas, neohititas, amonitas, moabitas- contra los que los imperios mesopotámicos tendrán que oponer su propio nacionalismo. De ahí que las construcciones imperiales de estos siglos tengan que sufrir tendencias centrífugas desgarradoras -paliadas por sistemas de administración muy racionalizados- que, más tarde o más pronto, acabarán con su existencia. Tan sólo el Imperio Persa, actuando bajo principios más universalistas, pudo superar ese tipo de problemas.

LA EXPANSION ARAMEA.-

La ocupación del territorio.

La última etapa de la crisis que se produce en el Próximo Oriente durante el siglo XII como consecuencia de las invasiones de los "Pueblos de Mar" estuvo protagonizada por la irrupción de los arameos. A comienzos del siglo XI numerosas bandas de nómadas comenzaron a infiltrarse desde el desierto sirioarábigo sobre el gran arco territorial que abarca desde la Siria meridional hasta la Baja Mesopotamia. La debilidad y las disputas entre los estados de la zona contribuirían al éxito de las incursiones.

El fenómeno, sin embargo, no era nuevo. Desde el siglo XIV las gentes del desierto -conocidas en aquel entonces por los asirios como *ahlamu*- habían amenazado las fronteras de los grandes imperios, sobre los que intermitentemente se habían precipitado desde la estratégica plataforma del *Djebel Bishri*. Pero ahora, a principios del siglo XI, el embate fue terrible. Asiria lo sufrió en toda su intensidad. A duras penas Tiglath-pileser I los contiene en el Éufrates. Un siglo después el río ha sido franqueado y los arameos, en un claro proceso de sedentarización, instalan en toda la zona un extenso corolario de principados: **Bit-Adini**, **Nasibina (Nisibis)**, **Khuzirina**, **Gidara**, **Laque**, **Khindanu**, **Sukhi**. En el país de Akkad las bandas de invasores recorren los entornos rurales de **Sippar** y Babilonia, ciudades que con grandes penalidades, en medio del caos, consiguen sobrevivir. En la Baja Mesopotamia los **caldeos**, familia de los arameos, formarán a principios del siglo IX pequeños estados. Tampoco son diferentes las cosas en la zona occidental. Al oeste del Éufrates los estados neohititas se desmoronan progresivamente y casi por completo bajo la terrible presión. Primero ser la región de **Alepo** y **Arpad**, sobre la que surgir el reino arameo de **Bit-Agusi**. Después caer todo el valle del **Orontes** y del **Litani**, donde se constituirá una confederación de principados arameos bajo la hegemonía del **Reino de Damasco**. Sólo **Karkemish** resistirá.

La aportación aramea.

Hasta la futura recuperación asiria los estados arameos se convertirán en el elemento más vital de la civilización del Próximo Oriente. Por su privilegiada posición geográfica en las rutas que unían el Mediterráneo con el Golfo Pérsico, los arameos se encontrarán en excelentes condiciones para desplegar un intenso papel de intermediarios comerciales, situación que no decaer cuando pierdan años después su independencia política. Hasta las invasiones musulmanas su lengua fue el vehículo de las relaciones comerciales e intelectuales de toda el área.

Cuando a mediados del siglo X las avalanchas arameas hayan concluido el panorama del Próximo Oriente habrá quedado profundamente alterado. Sólo dos unidades políticas mantienen su independencia: Israel y Asiria. El destino inmediato de ambas ser muy diferente.

ISRAEL.-

El camino hacia la constitución de un estado.

Los orígenes de este pueblo semítico son oscuros. La tradición bíblica expuesta en el **Génesis** presenta a **Abraham** de **Ur** como el aglutinador del pacto o alianza de su pueblo en torno al dios único **Jahvé**, (**Jehová**), quien le da la orden de partir desde la Baja Mesopotamia (**Caldea**) hacia **Canaán** (**la Tierra Prometida**) junto al Mediterráneo. Instalados en la zona, los descendientes de Abraham acrecentaron su número constituyendo una comunidad que será, primero, deportada a Egipto y, tras largo tiempo liberada por **Moisés**, quizás bajo los reinados de **Ramsés II** y **Menenptah** (1290-1220). Durante el regreso Moisés los dotará de un código religioso (**ley mosaica**), conduciéndolos nuevamente hasta las fronteras de Canaán. Por tanto, a finales del siglo XIII los israelitas iniciarán la reconquista del país, esta vez bajo el liderazgo de **Josué**. El ataque empezó por el este, cruzando el **Jordán** y tomando **Jericó**. Desde aquí se desarrollaron violentos asaltos a ciudades cananeas, lo que permitió a los israelitas afirmarse en extensas zonas del este del país, especialmente las montañosas.

Este control territorial supuso también el establecimiento de una nueva reorganización política. La primitiva **época de los Patriarcas**, marcada por su fuerte personalismo y por la centralización de la decisiones, da paso a la del **gobierno de los Jueces**. Ahora Israel se configura como una confederación de doce tribus, cada una dirigida por los Ancianos de la tribu, que sólo en caso de grave amenaza designarán unos caudillos con atribuciones sobre todo el conjunto tribal. Estos Ancianos, los **Jueces** (del hebreo *shophetim*), aparecen en la Biblia en número de doce -seis "mayores" y seis "menores"- investidos de un carisma profético que les permitirá interpretar la voluntad de Jahvé, y, de acuerdo con ella, administrar la comunidad (**teocracia**). Entre ellos merecen una mención particular **Gedeón**, **Jefté**, **Sansón** y **Débora**.

Sin embargo, tal sistema, que había permitido el tránsito de la sociedad desde las costumbres nómadas a la sedentarización, no resultaba eficaz ante la nueva amenaza que constituirán los **filisteos**. Éstos, que formaban parte de aquella segunda oleada de los "Pueblos del Mar" que **Ramsés III** consiguió rechazar hacia el 1190 de Egipto y que, como consecuencia de ello, se habían asentado en la costa sur cananea, habían fundado allí pequeños principados de cultura licio-micénica, apoyados en las ciudades de **Gaza**, **Ascalón**, **Ekron**, **Asdod** y **Gath**. A partir del siglo XI los filisteos iniciaron su penetración hacia el interior chocando con los israelitas. En el 1050 la derrota de estos últimos en **Afec** y la pérdida del **Arca de la Alianza**, donde se conservaban las tablas y los escritos de Moisés, puso de relieve la incapacidad de Israel para hacer frente a ejércitos profesionales dotados de organización y equipo pesado.

Las tribus israelitas decidieron, ante el extremo peligro en que se hallaban, instaurar una monarquía. La elección, que ser por aclamación popular y con la supervisión del profeta **Samuel**, recayó en **Saúl** (hacia el 1030). Sus éxitos contra los filisteos y otros pueblos periféricos de Israel (**moabitas**, **amonitas**, **edomitas**, **aramitas**, **amalacitas**) no permitieron a Saúl, sin embargo, consolidar su poder en el interior del país, sobre todo ante el tradicionalismo religioso representado por los sacerdotes. La derrota y muerte del rey en **Gelboé**, permitiría la llegada al trono de David.

En aquel momento el país se encontraba en un estado desastroso, al borde de la guerra civil e invadido por los filisteos. David conseguir unificar el reino y derrotar a los invasores, extendiendo después espectacularmente sus conquistas hasta los límites de Egipto, las riberas del Éufrates y el golfo de Akaba. Alrededor del año 1000 David conquistará a los **jebuseos** la ciudad de Jerusalén -que ocupa una posición central entre el norte (Israel) y el sur (**Judá**)-, y a la que trasladar la capital desde la antigua Hebrón. En la nueva sede de la

corte el rey asentar los pilares de su poder: la centralización administrativa (comercio, impuestos y ejército) y religiosa (ciudad santa por la instalación del Arca de la Alianza).

El esplendor del reinado de David que, no obstante, estuvo empañado en sus últimos años por problemas de sucesión (revuelta de **Absalón**), se ver sobrepasado por el de su hijo **Salomón** (973/966-935/933). En su próspero reinado destacan, ante todo, las importantes relaciones políticas y económicas con otros estados (**Balkis**, reina de **Saba**; **Hiram**, rey de Tiro; Egipto), sostenidas por una importante flota comercial en colaboración con sabeos y fenicios que le permitieron establecer fructíferos intercambios comerciales a través del puerto meridional de **Ezyon-Geber** (Eliat). A la ausencia de guerras contribuir en buena medida la existencia de un ejército de disuasión pertrechado de carros listos para intervenir en caso de peligro (arsenales de **Jezer** y **Meggido**). Jerusalén, capital de un reino centralizado, dividido en doce distritos administrativos gobernados por los yernos del monarca, albergará la construcción más emblemática de toda la historia judía, el **Templo**, sede del Arca de la Alianza y centro de peregrinación.

No obstante esta situación tan favorable, Salomón tuvo también que sortear la animadversión del clero preocupado por la introducción de cultos extranjeros. La crisis estalla a la muerte del monarca. **Jeroboam** reinará al norte del país (Israel, con capital en **Sikkem**) y la dinastía de Salomón con **Roboam** como rey, tendrá que contentarse con el sur (**Judá**, con capital en Jerusalén). La división no sólo fue política sino también religiosa. El norte, más extenso y rico, incorporar al monoteísmo jahveista el culto a **Baal**, **Melkart** y **Asher**, provocando un agudo cisma social encabezado por los profetas (**Isaías**, **Elías**, **Eliseo**) y que culminó con la caída de la monarquía (sublevación de **Jehú**, 842) y el vasallaje intermitente a los asirios, que finalizando con la definitiva ocupación por **Tiglath-pileser III** y la deportación de sus habitantes, sustituidos por extranjeros (721). El Sur, Judá, consiguió preservar más tiempo su independencia política y su homogeneidad religiosa pactando con los poderosos estados de su entorno. Sin embargo, **Nabucodonosor** de Babilonia, primero en el 597 (destierro del rey **Jocosías**), y después, definitivamente, en el 587 (caída de Jerusalén y la deportación del rey **Sedecías**) el país y su población será masivamente trasladada a Mesopotamia. La independencia de Israel habrá desaparecido.

Los aspectos económicos y sociales.

Como ya hemos puesto de relieve, el pueblo israelita fue, hasta la entrada en el país de Canaan, un pueblo esencialmente seminómada, ocupado en apacentar sus rebaños, y estructurado en tribus. La conquista les impuso otra organización. La tribu, sin desaparecer, tuvo que convivir con el clan establecido en las aldeas, mientras los altos dignatarios de la corte configuraban con claridad una nueva casta dirigente: *zequenim* (ancianos), *sarim* (jefes), *nedibim* (notables), *horim* (hombres libres). Por contra la mayoría de la población está dividida. Por un lado los que gozan de plenitud de derechos, *am ha'ares* (pueblo del país), por otro los extranjeros o, sencillamente, israelitas de otra tribu, los *gerim* (extranjeros domiciliados). Los primeros podían poseer tierras, mientras los segundos quedaban relegados a la condición de asalariados. También era conocida la esclavitud. En ella había desde hebreos, pobres que se habían vendido y que sólo temporalmente iban a ser esclavos, hasta extranjeros.

La agricultura, desarrollada en la región, pasaba ahora a ser primordial para un pueblo ahora sedentarizado. El régimen normal de la propiedad siguió siendo, no obstante, el familiar. Para que el patrimonio no saliera de la familia, pasaba al primogénito. El trabajo de la tierra se centraría en la obtención de cosechas de cereales, especialmente trigo, que se complementaba con el aceite, la miel, la cera y el sándalo, producciones que en buena parte eran exportadas al mundo fenicio. Incluso, Israel pudo intentar una independencia comercial de estos últimos, intentando abrir hacia Arabia rutas propias. Pero el esplendor económico y comercial, cuyo cenit está en los tiempos de Salomón, también estuvo acompañado de una grave crisis social. El nomadismo había hecho que se mantuviera una cierta igualdad social que la nueva economía comercial había destruido. La desigualdad entre elementos sociales coincide con la decadencia israelita, a la división política del país, y las invasiones externas. De hecho, quizás con el fin de limitar los agudos contrastes sociales, se crearon disposiciones limitadoras del empobrecimiento o la esclavitud. Las más destacadas fueron el año **sabático** (*shemittah*), una remisión cada siete años, y el **jubileo** (*yobel*, corneta que los anunciaba),

por el que cada cincuenta años se producía una remisión total, devolviendo a la situación de origen los patrimonios y los esclavos.

La originalidad religiosa israelita.

Como hemos visto, política, social y económicamente Israel aporta poca cosa nueva. Ni la teocracia que presidió buena parte de su devenir histórico ni la organización por tribus, por citar los dos rasgos más significativos, son nuevos en la vida de Oriente. Su única peculiaridad residirá en la religión. En un mundo donde es frecuente que un pueblo tenga una divinidad principal que, sin embargo, admite otras, nacionales o extranjeras, es una singularidad que un pueblo se mantenga férreamente vinculado a un solo dios. En principio, hasta el final de la monarquía unitaria, es mejor hablar de **monolatría** pues Israel adora una única divinidad, sin que ello presuponga la creencia en un solo dios (monoteísmo). Este, **Yahvé**, que concentra todos los poderes, ha establecido una alianza con los israelitas -codificada en el libro sagrado, la **Biblia**, y en sus prescripciones legales, la **Torah**- a los que, a cambio, exige fidelidad absoluta y un complejo ritual (alimentación, fiestas, liturgia, etc.). Para la preservación de estos principios, la centralización del culto, asumida por Jerusalén, y la pureza religiosa, en la que jugaron un papel decisivo los profetas, permitieron que desde el siglo VII a.C. podamos considerar consolidado el **judaismo monoteista**. Las derrotas y deportaciones que Israel sufre a partir de estos años no harán sino robustecer este particular sentido religioso, favorecido por quedar la comunidad bajo el amparo político de los sacerdotes, lo que facilitar que el **mesianismo** -la creencia en un dios salvador que reconstruya el reino- arraigue entre el pueblo.

EL IMPERIO ASIRIO NUEVO.-

La evolución histórica.

La delicada situación que había vivido Asiria durante las invasiones arameas supuso un acicate para la recuperación. A finales del siglo X el país se halla en condiciones para emprender la obra de la reconquista y afianzar los territorios fronterizos, devastando y saqueando las contiguas zonas arameas y babilónicas (campanías de **Adad-nirari II**, 911-891 y **Tukulti-Ninurta II**, 899-884). El advenimiento de **Asurnasirpal II** (883-859) asienta definitivamente al ascenso de Asiria. Con un ejército basado en una potente caballería, arqueros, honderos y maquinaria de asalto, que aplicar sistemáticamente métodos de terror y exterminio, Asurnasirpal iniciará una política de anexiones: control y vasallaje del reino arameo de Bit-Adini, del de Karkemish y de las ciudades fenicias de Tiro, Sidón, Biblos y Arvad.

Pese a la evidente recuperación asiria, sus vecinos continuaban siendo poderosos. Los reinos de Babilonia al sur, Damasco en occidente y **Urartu** al norte suponían barreras aún infranqueables. Con **Salmanasar III** (852-824) asistimos a continuas acciones bélicas sobre esas zonas que, si bien no consiguieron cambiar el status quo, sí consiguieron amasar un botín considerable.

Pero esta línea ascendente se vería temporalmente interrumpida por una corta guerra civil (827) que implicó a los principales dignatarios del reino y a los hijos del rey. Cuando **Shamshi-Adad V** se hizo con la victoria definitiva (823-811) los reinos tributarios de occidente se habían independizado. Pero la reacción del monarca se dirigió hacia el sur, hacia Babilonia, que consiguió conquistar, asumiendo el título de "rey de Sumer y de Akkad".

La desaparición del enemigo del sur otorgaba a Asiria unas extraordinarias posibilidades, que por el momento no pudieron ser explotadas por una doble razón. De un lado, por la amenaza constante del reino de Urartu, asentado entre el E. de Anatolia y el N. del Irán, que se ha convertido en una gran potencia durante la primera mitad del siglo VIII y que no cesa de enviar expediciones sobre la frontera norte asiria. De otra parte, porque desde la crisis del 827 la monarquía era incapaz de oponerse a la alta nobleza.

En este estado de cosas es cuando ocupó el trono uno de los más importantes reyes de Asiria: **Tiglath-pileser III** (746-727). Ahora la guerra se convierte no en búsqueda de botín sino en conquista, y la deportación juega un importante papel. Los ejércitos asirios

conquistaron los reinos arameos de Siria (incluido Damasco) y Palestina y establecieron guarniciones administradas por gobernadores que percibían el impuesto. Con **Sargón II** (722-705) Urartu, sometida a continuas campañas, deja de ser un peligro.

Pero mantener unificado el imperio ser una tarea difícil, dada la cantidad de fuerzas centrífugas. Babilonia, siempre levantisca y ahora apoyada por el rey del **Elam**, absorbió las energías del reinado de **Senaquerib** (705-681), que no dudó en destruir totalmente la ciudad (689). No obstante, su sucesor, **Assarhaddón** (680-669), la restauró y le devolvió su antiguo prestigio. Después el rey emprenderá una campaña contra Egipto -"esa caña rota que pincha y hiere la mano de quienquiera que en ella se apoya", según palabras de un alto funcionario asirio- con un gran éxito inicial (toma de Menfis, 671), conquista que no pudo sostener mucho tiempo por el fallecimiento del soberano asirio y la guerra civil subsiguiente. En efecto, sobrevino un enfrentamiento entre los dos hijos del monarca, **Assurbanipal** (669-627) -el **Sardanápalo** griego-, que había recibido la mayoría del reino y **Samash-shum-ukin**, el primogénito que, pese a lo cual, había recibido sólo el legado de los territorios meridionales. El conflicto no se canceló hasta la victoria del primero (toma de Babilonia, 648), que se completó con la conquista del Elam y su transformación en provincia. Assurbanipal emprendió también, el sometimiento de los principados sirios que, con ayuda egipcia, se habían sublevado. A la muerte de Assurbanipal el imperio parecía restaurado y vigoroso. Pero, de nuevo, el drama de una contienda sucesoria precipitó la catástrofe. Aprovechando el enfrentamiento entre los dos hijos del rey, **Assu-etel-ilani** y **Sin-shar-ishkun**, un caldeo, **Nabopolassar**, se hizo reconocer rey de Babilonia (626). Aunque **Sin-shar-ishkun** había vencido en la guerra de sucesión, no pudo contener la invasión babilónica, máxime cuando toda la zona occidental del imperio estaba nuevamente en rebeldía. Ni siquiera el apoyo del faraón egipcio **Psamético**, preocupado por el cariz que tomaban los acontecimientos, pudo evitar el desastre, sobre todo porque la presencia de **Ciaxes** al frente de los persas creaba una coalición irresistible sobre un imperio debilitado. En el 614 caía Assur y en el 612 Nínive, en donde sucumbió el rey asirio. El último monarca, **Assur-uballit II**, organizó la resistencia en **Harran** (610), pero tuvo que evacuar la plaza ante el asedio del ejército de **Nabopolassar**. En el 609 se pierde todo rastro del rey asirio y con él se disuelven los restos de su Imperio, repartido entre Nabopolassar, que dominaba toda Mesopotamia y **Necao**, el nuevo faraón de Egipto, que ocupaba Palestina, las ciudades fenicias y las antiguas provincias arameas hasta el Éufrates. Al norte y al este del territorio mesopotámico se había constituido el amenazante Imperio Persa.

Estructura administrativa del Imperio Asirio.

El estado asirio se asienta sobre la autoridad absoluta del rey, sacerdote y administrador (*shangu*) del dios nacional Assur. Todos los súbditos debían prestarle juramento de servicio ante las estatuas de los dioses (*adu* o convenciones juradas).

Como hemos señalado, uno de los principales problemas de la realeza asiria es el de la sucesión. Durante el Imperio Nuevo no se tendrá en cuenta el derecho de primogenitura y, para prevenir las sublevaciones, el monarca tenderá en vida a asociar al heredero al trono, medida que no siempre evitará la revuelta de los otros hermanos.

La corte, instalada según los reinados en las capitales principales -**Assur**, **Nínive**, **Khala** o **Korshabad**-, contará con un palacio, la sede del gobierno (la *bit riduti*).

El poder real aparece asentado en una sólida administración -con el arameo como lengua franca- que tendrá sus pilares en los altos funcionarios: los dos generales (*turtanu*), los visires (*sukkallu*), el heraldo de palacio (*nagir ekali*), el copero mayor (*rab shaqe*) y dos intendentes (*abarakku*), que como el rey podían ostentar el "eponimato". Todos ellos tenían también la dirección de las provincias de la periferia del Imperio, aunque generalmente residían en la corte. En las provincias existía un gobernador (*shaknu* o *bel pihati*) que cuidaba del orden público.

La capacidad financiera del estado descansaba sobre los impuestos, aplicados primordialmente en las zonas rurales y en las ciudades de mediana importancia. Los principales, establecidos según un censo catastral, afectaban a los cereales, la paja, el ganado y los cueros. También existían peajes y tasas de almacenamiento, a lo que había que

añadir las prestaciones personales. No obstante el monarca tenía por costumbre conceder importantes franquicias a los templos, a las principales ciudades o a particulares.

Pero el sostenimiento del Imperio Asirio descansaba en última instancia en el ejército. La movilidad y rapidez que lo caracterizó en épocas anteriores dar paso a una estructura más pesada, con más quinias de asedio, campamento y carros, y soldados mejor equipados (piqueiros, arqueros y honderos). La caballería va cobrando progresivamente mayor protagonismo. Las ciudades se rodean de sólidas murallas. El derecho de guerra es aplicado con toda rudeza por los asirios sobre las poblaciones vencidas, con matanzas y ejecuciones. Se trata de un ejército permanente, cuya fuerza principal se concentraba en la capital, pero que contaba con guarniciones por todo el Imperio.

Los fundamentos socio-económicos.

El Imperio asirio no alteró el fundamento agrícola tradicional y la tierra continuó siendo el principal recurso. Posiblemente existiera una fuerte concentración de la propiedad pues no parece haber verdaderos latifundios. El establecimiento de la paz supuso, además, una ventaja en el mantenimiento de los ciclos agrícolas. El estado introdujo numerosas obras públicas (canales, acueductos, caminos), que permitieron la puesta en explotación de toda la llanura asiria, y que debieron contrastar positivamente con los destrozos que habría provocado la crisis de los siglos XI y X.

De las actividades industriales se ocupan talleres de pequeñas dimensiones, que aparecen concentrados en los palacios de los gobernadores, en los templos y en los suburbios de las ciudades. Su producción, por tanto, no está relacionada con el mercado y su intercambio parece mejor responder a las necesidades oficiales.

Las zonas periféricas a Asiria, ahora partes de su imperio, proporcionaban oro, plata, materias primas o manufacturadas, ganado, caballos, medios de subsistencia de todo orden y prisioneros.

La sociedad se hallaba unificada por su carácter de súbditos reales. Todos eran servidores del monarca y su riqueza o pobreza dependía, en esencia, de su arbitrio. Sin embargo, como en pocas anteriores, existía población libre -que abarcaba desde los altos funcionarios hasta los pequeños campesinos- y esclava. Esta última podía provenir de la insolencia de los labriegos, que los podía hacer caer en la servidumbre o en la venta de sus hijos, o de los prisioneros de guerra. El esclavo gozaba de las tradicionales libertades mesopotámicas y desde el punto de vista laboral era sólo una fuerza complementaria.

Los fundamentos religiosos y culturales.

Los asirios intentaron asentar sobre una base unificadora su imperio, integrando elementos de otras culturas. La unidad lingüística se fundó en provecho del arameo, no del acadio. La unidad religiosa se configuró incorporando a sus dioses tradicionales los cultos de **Marduk** y **Nabu** y sosteniendo la pujanza religiosa de Babilonia y Borsippa, pues se sentían depositarios y defensores de la herencia cultural babilónica.

Los asirios también pusieron las artes al servicio de su expansión. Los recursos de las conquistas permiten el embellecimiento de **Assur**, donde se reconstruye el palacio y el templo de **Sin** y **Samash**, el **Esharra**. En Nínive se hace lo propio con los santuarios de **Ashur** e **Isthar**. **Asurnasirpal** creó una nueva capital en **Kalakh**; **Sargón** hizo lo propio con **Dur-Sharrukin (Khorsabad)**; **Senaquerib** con Nínive. Son grandes conjuntos urbanos, emplazados sobre terrazas, con palacios, complejos sagrados y grandiosa estatuaria, pero en los que tampoco faltan los archivos y bibliotecas, como la de **Asurbanipal** en Nínive.

EL IMPERIO NEOBABILÓNICO.-

Su evolución histórica.

La posesión de una fachada mediterránea siempre había sido una necesidad para los imperios mesopotámicos. En consecuencia, la instalación egipcia en aquella zona no podía ser bien vista por **Nabopolassar**. En el 605 era tomada **Karkemish** y los egipcios eran expulsados de toda Siria y perdían una parte importante de Palestina. La cuestión judía marcará desde

entonces la política exterior del más prestigioso de los monarcas babilónicos, **Nabucodonosor II** (604-562). Jerusalén fue tomada en dos ocasiones (597 y 587) y sus reyes -Joaquín y Sedecías- y su pueblo se vieron deportados a Babilonia. También Tiro, abastecida por Egipto, resistir un asedio de trece años.

A la muerte de Nabucodonosor la tradicional inestabilidad que había caracterizado las sucesiones asirias hizo acto de presencia. Su hijo **Awel-Marduk** reinó sólo dos años (561-560), siendo posteriormente sustituido a la fuerza por su cuñado, el general **Neriglissar** (560-556) y por el hijo de éste, **Labashi-Marduk** (556). Poco después, los sacerdotes de **Shamash** entregaron el trono a un miembro de su casta, **Nabónido** (556-539). Aunque protagonizó algunas acciones militares en Siria, Nabónido fue un monarca pacífico. Durante diez años adoptó la extraña decisión de trasladarse al oasis de **Teima** en Arabia, un centro del culto lunar, dejando la gobernación del reino a su hijo **Bel-shar-usur** (**Baltasar**). A su regreso (542) los persas estaban en puertas de invadir el reino. **Ciro**, en efecto, atacaría muy poco después Babilonia, donde contaba con el apoyo de la todopoderosa casta sacerdotal, matando a Baltasar y apresando a Nabónido (539). El Imperio Neobabilónico desaparecía tras poco más de ochenta años de existencia.

La administración del Imperio.

Aunque no es posible reconstruir completamente su estructura, ésta tiene unas claras reminiscencias asirias. El rey, síntesis de autoridad político-religiosa, se halla asistido de los dignatarios de la corte, principalmente del gran canciller (*rab nuhatimnu*), del jefe del arsenal (*rab kasiri*), del mayordomo (*sha pan ekalli*), etc. La administración provincial estaba dirigida por gobernadores (*shaknu* o *bel pihati*) bajo cuya autoridad se encontraban las ciudades, algunas de las cuales estaban dirigidas por los sacerdotes (*shangu*), comisarios reales (*qipu*), administradores (*shakin temi*), reyes vasallos (*sharru*) o bien eran libres (**Babilonia, Borsippa, Kish, Sippar, Nippur y Kutha**).

Organización socio-económica.

El Imperio Neobabilónico mantuvo la organización tradicional mesopotámica. Una clase superior acomodada (*mar bani*, gentes de bien) que administraba las tierras y los templos. Para ellos trabajaban los colonos. De éstos, unos eran arrendatarios de cierta importancia que empleaban a otros trabajadores, mientras que los restantes eran aparceros. Además de los esclavos, que apenas se diferenciaban de sus homólogos asirios, tenemos constancia de la existencia de una clase social intermedia, los oblatos (*shirku*), adscritos a los templos como personal dependiente.

La base económica del estado estaba en la agricultura y en los campesinos libres, obligados a realizar prestaciones personales tanto en favor de la administración civil como de los templos. Las tierras eran de tres tipos: cerealísticas, palmerales y tierras de pasto. Sobre ellas Babilonia cobraba un diezmo, o bien lo hacía el *Eanna*, el gran templo de **Isthar** en **Uruk**, que también exigía ofrendas. Así pues, la actividad industrial y comercial dependía, pues, en mayor medida de la corte y de los sacerdotes, aunque las grandes familias aristocráticas también podían emprender actividades de este tipo.

La religión y la cultura.

La restauración neobabilónica no supuso una gran alteración. Al lado de la gran tríada babilónica de **Marduk, Nabu y Nergal** (sus equivalentes clásicos serán Júpiter, Mercurio y Marte) se introduce la asiria compuesta por **Sin, Samash e Isthar** (la Luna, el Sol y Venus), lo que provocará tensiones con el clero babilónico -muy en especial durante el reinado de Nabónido-, celoso de incorporaciones extrañas.

Babilonia, de nuevo centro de un gran imperio, recibió un gran impulso constructivo. Nabucodonosor acabó la gran torre de pisos, el *Etemenanki*, y restauró varias capillas del gran templo de Marduk. Al norte de la ciudad amplió el palacio real, dotándolo de cinco patios, murallas y jardines elevados (los **Jardines Colgantes**) que la Antigüedad consideró una de sus siete maravillas. En la ciudad destacaba, además, la bella **puerta de Isthar** por la que transcurría la vía procesional.

Fuentes.

Para el conocimiento de Israel nuestra mejor fuente es el Antiguo Testamento, colección de 24 libros que contiene leyes, profecías y poemas, compuesto durante un largo periodo de tiempo, desde finales del II milenio a.C. hasta el siglo II a.C. Los manuscritos más antiguos que hasta el momento conservamos son parte del Libro de Isaías y los escritos de la secta de los Esenios encontrados en 1947 a orillas del Mar Muerto.

Las fuentes del Imperio Asirio Nuevo y el Neobabilónico se pueden agrupar en dos grandes apartados. De un lado, las informaciones suministradas por los monumentos - especialmente sus estelas-, donde figuran los anales de diversos monarcas, a las que hay que añadir las esculturas y relieves, y que ponen a nuestro alcance la crónica oficial de la corte real. De otro lado, los grandes depósitos de tablillas que nos suministran una rica información sobre la vida administrativa, económica y social de Mesopotamia durante la primera mitad del 1er. milenio. En particular, para Asiria *cf.* las crónicas, las inscripciones reales asirias, las listas de epónimos y la correspondencia real descubierta en Nínive y Nimrud. Para Babilonia sus crónicas, inscripciones y el Antiguo Testamento.